

LA BIBLIOTECA EN LA NARRATIVA

Una imagen oculta en el espejo

• FRANCISCO SOLANO

Cualquier lector medianamente fiel al hábito de la lectura, quiero decir, el curioso lector, tiene sobre la biblioteca alguna imagen, e incluso alguna idea, más o menos precisa, derivada de su propia experiencia. Sería raro, pero no inconcebiblemente extraño, que no hubiera pisado nunca una biblioteca. No diré que sea usuario o visitante habitual, digo sólo que su propio hábito de lectura le habrá impuesto alguna noción acerca de la biblioteca. Apelo, por tanto, a ese lector (al mismo lector que ahora lee estas líneas), para establecer una composición de lugar. Supongamos que le encargan, a algún pintor de éxito, la elaboración de un cuadro alegórico sobre las relaciones entre la biblioteca y la narrativa. No es improbable, y posiblemente será inevitable, que algunos de los elementos que determinen el cuadro recuerden el universo de Borges. ¿Es posible concebir biblioteca y ficción sin mencionar a Borges? Sin duda se puede concebir, pero a costa de una brutal mutilación. Esté o no presente, Borges estaría irremediablemente convocado en esa alegoría. Del mismo modo, un estudio sobre la representación de la biblioteca en la narrativa no puede prescindir (ni quere prescindir) de uno de los textos capitales de Borges, *La biblioteca de Babel*, ese cuento, ensayo o infinito espejo donde la biblioteca es una gran metáfora del universo del hombre.

Ningún bibliotecario o amante de los libros habrá dejado de leer *La biblioteca de Babel* con esa cálida fruición que se destina a los textos particularmente emblemáticos. Sin duda es uno de los cuentos más memorables de Borges, un texto preciso y hermoso, cuya capacidad de hipnosis lleva al lector al centro mismo del laberinto, es decir, según Borges, a una de las formas en que se manifiesta el universo. En consecuencia, si el universo es un laberinto y el laberinto, una biblioteca, ésta será, por tanto, un lugar para perderse, un espacio donde el hombre, y las creaciones del hombre, tendrán siempre un claro reflejo de

su significación, no serán meras cosas añadidas a la realidad, sino proyecciones de su imaginación. Perdida entre otras líneas más abstractas, escribe Borges en *La biblioteca de Babel*: "Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de temuras y de temores". La aparición de la biblioteca en la narrativa contemporánea (lo adelantamos ya como hipótesis de trabajo) tiene esa condición paradójica: está llena de ternuras y de temores. De hecho, sólo en muy contadas ocasiones tiene la biblioteca un papel relevante o alguna entidad decisiva; generalmente es circunstancial, un tránsito para la obtención de una información, por ejemplo, o algún otro requisito exigido por la acción o el carácter de los personajes.

Pero tal vez sea conveniente, antes de entrar en materia, establecer las líneas de lo que entendemos por espacio en la novela contemporánea, puesto que la biblioteca es, sobre todo, un espacio, un lugar que, como un salón de baile, una oficina o un bar, no necesita de una descripción exhaustiva para que el lector la reconozca.

El espacio en la novela

El espacio de una novela no tiene una función específica en la narración, ni es tampoco una técnica; acaso, de ser algo, sea la representación imaginaria de una realidad probable, por tanto, también imaginaria. Hablar hoy del espacio novelesco es señalar, cuanto menos, un ámbito desplazado, de difícil manejabilidad, usar un término que está disuelto, por exceso de ambigüedad, en los contornos mismos de la novela. En la novela naturalista del siglo XIX, las relaciones entre espacio y personaje eran de subordinación; el personaje estaba determinado -pero también protegido- por el medio; salir de él, transgredir sus fronteras, significaba la muerte. Piénsese, a este respecto, en *Madame Bovary*, que también es una superación del naturalismo. El espacio, entonces, se confundía con la realidad física y social, marcaba sus

leyes, proveía de una moral que condicionaba la imaginación del escritor.

Pero todo esto se vino abajo a principios de este siglo. El procedimiento se ha invertido; el personaje ya no se constituye en una especie de prolongación del espacio, sino que éste es una creación anímica del personaje. Primero fue la descripción del paisaje natural, luego fue una ciudad, después un barrio, más adelante una calle; ahora puede ser un cuarto o un cubo de basura. El espacio que podría describir hoy el novelista no está en ningún sitio; puede ser cualquier lugar.

Al espacio novelesco le ha sucedido la invasión de una invisible presencia que, como en el cuento *Casa tomada* de Cortázar, arroja a los personajes fuera de su ámbito, dejándoles vacilantes en la lástima de su exilio y a la intemperie. Para no ser pasto de la invasión, han cerrado su propia casa y tirado la llave a una alcantarilla. No hay retorno, saben que ya no podrán volver, y el cuento nada dice de otro lugar; sólo queda, donde antes hubo un cuadro, una sombra en la pared.

Esa ausencia no exige, en la novela actual, las habilidades descriptivas de la novela decimonónica. Basta ahora una rápida mención, o indicar cualquier objeto, para poner en movimiento a un personaje. Con ello ya se crea un espacio probable, pero es un espacio que apela a la imaginación del lector, a su necesidad de establecer el marco visual de la narración. El lector, de un modo u otro, precisa de un lugar para que su imaginación no flote a la deriva. Interroga al texto sobre el espacio donde la historia sucede, pero ese espacio se construye imaginariamente en su propia cabeza a partir de unos pocos datos. Las pasiones, los debates de los personajes con la realidad externa, surgen de la vida anímica de esas criaturas de ficción, y poco cuenta el espacio interno de la novela, excepto como un conflicto de íntima discordia con el mundo. Dada esa discordia, la descripción de un espacio no se convierte en objeto explícito de la narración, sino que se establece de un modo tácito en la mente del lector.

¿Qué es una imagen?

Formular esta pregunta en una sociedad dominada por la imagen puede parecer, de entrada, un ejercicio de redundancia. Sin embargo, precisamente porque la

saturación de imágenes y su predominio resulta hoy un rasgo demasiado común, la pregunta no es del todo impertinente y nos permitirá, tal vez, delimitar las diferencias entre la imagen y su representación escrita, y acaso establecer qué es, o qué entendemos aquí por imagen, y al mismo tiempo conocer cómo opera esa imagen en una narración. Recordemos la definición más conocida de imagen: "una representación mental de alguna cosa percibida por los sentidos". Ahora bien no podemos, sin restringirla a sus aspectos más primarios (un espacio lleno de libros), considerar la biblioteca como una cosa, sino más bien como una suma infinita de cosas. Excepto por

sus claras dimensiones arquitectónicas, la biblioteca no tiene límites; una biblioteca comienza, por decirlo así, en el instante mismo de la lectura, puesto que leer es, por definición, postular la existencia de la biblioteca. No hay libro, por tanto, que no forme parte de una biblioteca. La noción de libro único es un arcaico sueño teocrático, o el ideal risueño de algún fatigado lector. El acto de leer funda, en efecto, la realidad probable de la biblioteca, y así la biblioteca, además de ser la memoria de lo leído (no importa por quién), también es la memoria futura de todo aquello que aún queda por leer, y que algún día leerá un innominado o anónimo lector. A la biblioteca la configura, por tanto, la lectura, y la determina la memoria y las experiencias de cada lector. Es una entidad muy compleja (el uni-

verso, según Borges), pero no sólo por ser la depositaria documental de la memoria de la humanidad, sino por la naturaleza de su organismo, imposible de abarcar como una cosa unívoca.

Así pues, la noción más común de imagen debe entenderse aquí según una amplia acepción que incluiría todas las muestras o representaciones capaces de evocar una biblioteca. A excepción de unas pocas novelas (por ejemplo, *Auto de fe*, de Elias Canetti, o *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco, cuyas tramas argumentales son inconcebibles sin el protagonismo de la biblioteca), en la mayoría de las narraciones abordadas en este estudio la presencia de la biblioteca surge de un modo ocasional, corresponde sólo a un tramo episódico, o simplemente se incorpora al relato como una anécdota más, incluso no siempre significativa, aunque sin duda imprescindible (puesto que está ahí) y por tanto dotada de importancia. Con esto queremos sugerir que, por pequeña que sea la relación entre la biblioteca y la trama



PUBLICIDAD

de la novela en que aquella aparece (y muchas veces, claro está, la relación no es consustancial, sino meramente decorativa), no por ello dejaremos de prestar atención a esa asunción modesta que, de todos modos, está ofreciendo *también* una imagen implícita de la biblioteca. Un caso significativo es *Ulises*, de James Joyce, cuyo capítulo 9, que consiste en una extensa exposición de Stephen Dedalus sobre ciertos aspectos de la obra de Shakespeare, sucede enteramente en el despacho del director de la Biblioteca Nacional de Dublín, pero las referencias están trazadas con una mirada como de soslayo, tanto al bibliotecario ("Las puertas del descubrimiento abiertas para dejar entrar al bibliotecario cuáquero, de botines suavemente crujientes, calvo, ojerudo y diligente"), como a la misma biblioteca ("Ideas en ataúdes alrededor mío, en cajas de momias, embalsamadas en especia de palabras. Tot, dios de las bibliotecas, un dios pájaro, coronado por la luna. Y yo escuché la voz de ese sumo sacerdote egipcio. En cámaras pintadas cargadas de tejas libros"). Es evidente que aquí Joyce, a través de su personaje Stephen

Dedalus, está ofreciendo una visión, al mismo tiempo crepuscular y extática, del bibliotecario como guardián del conocimiento, y de la biblioteca como una suma de ataúdes o un cementerio de ideas. Esta imagen, con toda su carga poética, pese a no ser nada complaciente, se revela de un modo muy persistente para la mente del lector, quien seguramente sentirá la sombra de ese pájaro mitológico revoloteando alrededor de su cabeza. Pero no siempre la presencia de la biblioteca suscita una imagen poética. Por lo general, el tratamiento será más descriptivo que poético, aunque siempre será posible extraer alguna idea sobre las relaciones entre el escritor y los libros, o dicho de otra manera, entre lo que los libros dicen sobre sus relaciones con los otros libros.

Por razones de proximidad temporal, y porque esa proximidad nos proporciona la imagen de la biblioteca que se refleja, hoy, en la novelística contemporánea, este estudio se limita a la producción narrativa del siglo XX. De ahí que todas las novelas aquí seleccionadas hayan sido publicadas a partir de 1900. Se han utilizado siempre traducciones al castellano (o español), sin tener en cuenta el primer año de edición española. La selección ha sido fruto de un azar deliberado, es decir, guiada por el azar de las propias lecturas con la memoria de lecturas precedentes, y con la valiosa ayuda del libro, editado por Éditions du Cercle de la Librairie en 1993, *Drôles de bibliothèques...*, a cuyas autoras, Anne-Marie Chaintreau y Renée Lemaître, les corresponde la idea original.

Los escritores y las bibliotecas

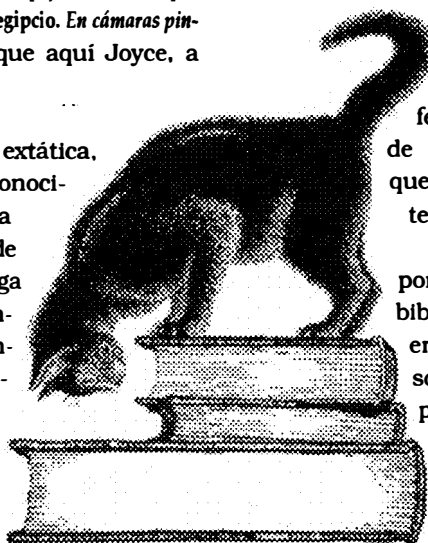
En nuestro país es especialmente estruendosa una noción degradante sobre los libros. A la lectura se le supone, a partes iguales, o un inmenso poder maléfi-

co (muy mala para los niños) o la llave que abre insospechados mundos de fantasía. Aquí a los libros se les alaban sin medida o se les sepulta en el olvido. Y así sucede que, pese a la aparente normalización de nuestras instituciones con las de otros países europeos, aún no ha sido superado del todo aquel afán de la sobrina y el ama de culpar a los libros de la biblioteca de don Quijote de los desvaríos del ilustre manchego. Esta imagen, hoy tal vez exagerada, refleja no obstante un inconsciente desdén por la letra impresa ("tal era la gana que las dos tenían de la muerte de aquellos inocentes") muy semejante a la política de escaso o nulo apoyo que actualmente padece nuestro sistema bibliotecario.

Ya no sorprende a nadie, y casi se ha convertido

en tópico, la poca estimación de que gozan en nuestro país las bibliotecas. Probablemente se trata de un desinterés, o por mejor decir, de una indiferencia tan arraigada en el alma misma de esta tierra que es inimaginable soñar que algún día nuestras bibliotecas puedan tener la misma consideración que les dedica, por ejemplo, Francia, por no citar la excelencia del sistema bibliotecario de los países nórdicos. Sin embargo, si resulta sorprendente, tan sorprendente como paradójico, que los propios escritores (de los que cabe esperar una mayor conciencia frente a este tema) no hayan manifestado su desagrado y malestar ante un problema que afecta directamente a su trabajo.

En un editorial de EDITORIAL Y BIBLIOTECA (número 29, septiembre, 1992) se decía: "¿Quién defiende a las bibliotecas? No, desde luego, los intelectuales, que raramente dedican una cuartilla al tema. Por su empecinado silencio, se podría pensar que vivimos todos con acceso directo a la Biblioteca de Alejandría". Lo cierto es que, con la excepción notable de algunos escritores (no queremos dejar de nombrar a Emilio Lledó, en el ámbito universitario, y a Muñoz Molina, que ha dedicado hermosos artículos en defensa de las bibliotecas municipales) ese silencio resulta más que significativo, puesto que supone una triste complicidad con la indiferencia general, al tiempo que delata la desprotección del trabajo diario de tantos bibliotecarios, abandonados hoy a su suerte sin otro aval ni mérito que su propio esfuerzo, y por otro lado tan incomprendidos y maltratados por esa recurrente imagen grotesca de la que aún se nutre la imaginación común. Pues no cabe duda de que todavía es muy persistente esa imagen tipificada del bibliotecario como un ser atrabiliario y hostil, cuyo aspecto y modales parecen más de carcelero o verdugo que de custodio de libros. ¿Es esta imagen, grabada a fuego en la memoria, la causa de la mudez de nuestros intelectuales, la razón oculta que impide a



los escritores manifestarse a favor de las bibliotecas? En cualquier caso, ese silencio no puede pasarse por alto; indirectamente explica algunas de las imágenes que veremos luego reflejadas en las novelas. La experiencia de cada escritor es única, y en cierto sentido intransferible, pero su escritura, como no podía ser de otra manera, se nutre también del imaginario colectivo. De ahí que en muchos textos se recojan esas imágenes tópicas que cualquier lector puede identificar sin esfuerzo: el bibliotecario incompetente, la biblioteca polvorienta y ruínosa, la estupidez y ridículo de los usuarios, etcétera. Sin embargo, una lectura detallada de las novelas en donde aparece algún aspecto del mundo de las bibliotecas, pese a que en general no alcanzan una gran variedad, sí proporcionan una visión múltiple que sobrepasa esa mirada tópica y nos enfrenta a un universo de sugerencias mucho más rico del que en principio cabría esperar.

El vértigo del saber

En las novelas donde la biblioteca tiene un protagonismo decisivo, hay que constatar la coincidencia de una recurrente expresión de agobio frente a la inmensidad acumulada de saber, cuya visión aplasta al visitante ante la imposibilidad de abarcar esos conocimientos en el transcurso de una vida. A este respecto la biblioteca muestra un doble rostro de orden y caos, de revelación feliz por tantas maravillas conservadas, al alcance de la mano, y de pesar insoportable por todo lo que permanecerá ignorado sin remedio. El general Stumm, de *El hombre sin atributos* (Musil), ve así la biblioteca: "Toda la nave estaba emparedada con estanterías y sus correspondientes anaqueles; en todas partes aparecían escaleras para subir hasta los libros más altos, y catálogos y bibliografías cubrían los pupitres y mesas; en suma: la quintaesencia del saber y, sin embargo, ningún libro decente para leer; nada más que libros sobre libros; olía también a fósforo cerebral y no me equivoco si afirmo que me parecía haber conseguido algo. Pero naturalmente, cuando el hombre quiso dejarme solo, sentí una cosa especial, yo diría que angustia, recogimiento, intranquilidad".

El general, sobrecogido y agobiado por la presencia de tres millones y medio de libros, se ha puesto a hacer cálculos, y el resultado es que necesitaría diez mil años de vida si se propusiera leer todos los volúmenes. Frente a esta descomunal desproporción advierte que hay algo monstruoso: "se me paralizaron las piernas, y el mundo me pareció una farsa. Te vuelvo a decir cómo llegué a tranquilizarme: pensando que allí fallaba algo esencial. Tú objetarás

quizá que no hay por qué leer todos los libros. Y yo te contesto: también en la guerra no hay por qué matar a todos los soldados uno a uno; sin embargo, todos y cada uno son necesarios. Dirás: también todos los libros son necesarios. Pero ves, aquí es donde falla algo, porque esto no es verdad; ¡se lo he preguntado al bibliotecario!"

La respuesta del bibliotecario ya había azorado al general Stumm, ya que aquel le había declarado que el secreto de los buenos bibliotecarios consiste en no leer nada, excepto los títulos e índices: "El que se detiene en su contenido está perdido como bibliotecario. Nunca obtendrá una idea de conjunto".

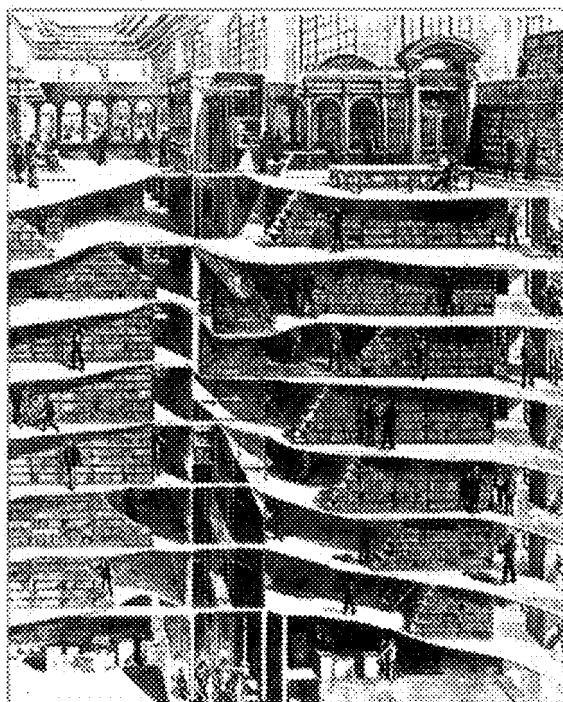
Aquí se manifiestan dos actitudes contrapuestas, la del hombre atento a las ideas, interesado por el contenido de los libros, y la del bibliotecario cuya función primordial es despejar la incertidumbre, reducir la enorme complejidad del saber a un orden válido y facilitar a cualquier lector el acceso sistemático

a ese saber. La sorpresa del general alcanza, sin embargo, cotas de verdadera decepción, hasta hacerle dudar de la adecuada preparación del bibliotecario. ¿Cómo puede desenvolverse con eficacia en esa selva de publicaciones alguien que no lee nunca un libro? "¿Y es usted doctor", pregunta el general al bibliotecario en la fiebre última de su perplejidad. Pero la respuesta del bibliotecario no admite ya más interrogantes, él es un custodio de los libros, no un creador o un filósofo: "Claro que lo soy; incluso catedrático de la Universidad, docente privado de ciencia bibliotecaria. Es una auténtica ciencia. ¿Cuántos cree que son, mi general, los sistemas empleados para distribuir los libros, para ordenar los títulos, corregir las erratas de imprenta, las indicaciones

falsas de las portadas, y demás?".

Hemos elegido, a manera de pórtico, estos fragmentos de la novela de Musil, porque en la controversia de esas dos actitudes están plasmados casi todos los temas esenciales. Ahí está también la noción de laberinto que líneas atrás recogíamos de Borges, no sólo por la evidente declaración del bibliotecario ("el que se detiene en su contenido está perdido como bibliotecario"), sino porque la angustia del general Stumm es expresión de un vértigo, por tanto, de una desorientación.

Con el evidente influjo de Borges (recordemos que el monje Jorge de Burgos es un trasunto del escritor argentino), Umberto Eco reproduce esa misma noción en *El nombre de la rosa*, sin molestarse siquiera en variar las palabras: "La biblioteca es un gran laberinto, signo del laberinto que es el mundo. Cuando entras en ella no sabes si saldrás".



Es claro, por tanto, que cuando la biblioteca aparece en la narrativa no de un modo episódico o circunstancial, sino dotada de un evidente protagonismo, la imagen que se le adhiere inmediatamente a la biblioteca es la del laberinto. Una noción que también es perceptible en Elías Canetti, aunque en *Auto de Fe* se trata más bien de un extravío interior, pues para el profesor Kien su inmensa biblioteca particular es como una patria: "Todo ser humano necesita una patria, aunque no como la conciben esos patrioterros primitivos o cualquier religión, insulso anticipo de una patria ultraterrena. No, una patria en la que el suelo, el trabajo, los amigos, las diversiones y el espacio espiritual confluyan en un todo natural y organizado, en una especie de cosmos propio. La mejor definición de patria es una biblioteca".

Canetti se propuso, al escribir esta novela (que inicialmente iba a ser la primera de una serie de ocho, cuyo proyecto no llegó a realizar) inventar individuos hiperbólicos que respondieran a la desintegración del mundo que él percibía, un mundo que ya no podía ser recreado desde la perspectiva única del escritor. Había entre esos individuos un fanático religioso, un despilfarrador, un enemigo de la muerte. De todos ellos quedó sólo este profesor Kien, el hombre-libro, un individuo bastante patético, para quien su relación con los libros es mucho más importante que él mismo, y cuyo único atributo es estar compuesto de libros, sin otras emociones o sentimientos que las satisfacciones que le ofrece la posesión de su biblioteca. Se trata de un caso extremo, de una caricatura. El supremo anhelo de Kien es: "poseer una biblioteca bien surtida, ordenada y herméticamente protegida, en la que ningún mueble ni persona superfluos pudieran distraerlo de sus serias elucubraciones". Su biblioteca se compone de veinticinco mil volúmenes, vive entregado a ella, desinteresado de cualquier cosa que pueda alejarlo de su mundo, cualquier modificación le resulta intolerable, e incluso arenga a los propios libros, como si fueran soldados de un vasto ejército, para que se defiendan de la "Invasión" de otros lectores que no sean él mismo. He aquí un fragmento de la encendida arenga que pronuncia Kien a los libros: "Si queréis que os arrojen de vuestra patria y os dispersen por el mundo, si queréis ser evaluados, manoseados y comprados como esclavos con los que nadie habla y a los que se escucha a medias cuando realizan sus tareas, esclavos en cuya alma nadie lee, que la gente tiene pero no ama, que deja estropear o revende para obtener beneficios, que utiliza pero no comprende, ¡cruza entonces los brazos y entregáos al enemigo! Pero si aún os queda un corazón altivo, un alma valerosa y un espíritu noble: ¡alzaos conmigo e iniciemos una Guerra Santa!"

No hay, que sepamos, en toda la literatura contemporánea, un personaje en quien confluyan con

más nitidez esos rasgos donde se agrupan por igual el amor fanático a los libros, la intolerancia y la negación a ultranza de otras experiencias. Ni siquiera el protagonista de *Las confesiones de un bibliófago* (Ordaz), un comedor de libros, como indica su título, supera al profesor Kien en extravagancia. A fin de cuentas el bibliófago no está negando los sentidos, ni la necesidad de placer, sólo les está dando un curso insospechado. Kien, en cambio, no sabe nada que no haya extraído de los libros, pero tampoco siente nada que no venga de los libros. En definitiva, ni sabe ni siente nada. No es un hombre que desconozca las pasiones, sino que carece de ellas; su pasión (si se puede llamar así) es poseer y acumular libros, no es un engendro biológico, puesto que en él no hay vida, sólo hay libros, es un hombre-biblioteca. De tal modo que, cuando le arrojan lejos de su casa y de su

escritorio, sólo puede vivir gracias a su prodigiosa memoria, que reproduce los volúmenes de su biblioteca en la cabeza: "No pudo ver ni oír nada; sólo sintió que yacía por tierra y que los bolsillos, costuras y agujeros de su traje eran hurgados por manos de todos los pesos y medidas. El cuerpo entero le temblaba, no por él mismo, sino por su cabeza: podrían desordenarle los libros. Aunque lo maten, no traicionará a sus libros. ¡Entréganos los libros!, le ordenarían, ¿dónde están los libros? Pero él no lo haría: ¡nunca, nunca, nunca! Es un mártir y morirá por sus libros. Sus

labios se agitan; quisieran decirles que está decidido, pero en voz alta no se atreven. Simulan estar hablando. Pero nadie le pregunta nada".

Este extravío del profesor Kien no puede tener, y no tendrá, otro destino que una aceptable y patética autodestrucción. Es un individuo fuera de la realidad, descolocado, neurótico y anacrónico, que se incorpora a destiempo a un mundo desintegrado que no lo admite en su seno. Claro que tampoco él está capacitado para admitir o sentirse admitido en otra realidad habitable que no sea la atmósfera protectora que recibe de los libros. Inútil, incapaz y aturdido por las humillaciones, terminará inmolándose, como un mártir fanático, en un incendio que destruirá su biblioteca: "En el estudio, los anaqueles le amenazan con sus fauces abiertas. La alfombra empieza a arder frente al escritorio. Se dirige al cuartito del fondo, junto a la cocina, y saca todos los diarios viejos. Va separando hoja por hoja, las arruga, apolotonándolas, y las tira a los rincones. Instala la escalera en el centro de la pieza, donde antes estaba. Se sube al sexto peldaño, vigila el fuego y aguarda. Cuando por fin las llamas lo alcanzan, se echó a reír a carcajadas como jamás en su vida había reído".

La imagen del incendio de una biblioteca, o de un montón de libros, aparece en distintas novelas, aun-



que no con la frecuencia que cabría esperar. Es el argumento principal de *Fahrenheit 451* (Bradbury), donde en una sociedad futura, habitada por ciudadanos indolentes y felices, los libros están prohibidos (son peligrosos porque ningún libro está de acuerdo con otro); una sociedad donde los bomberos, en lugar de apagar incendios, acuden urgentemente, requeridos por celosos ciudadanos delatores, a las casas donde hay libros, para quemarlos y hacer desaparecer cualquier memoria o rastro de su existencia. Pero el incendio de la biblioteca del profesor Kien, más que con las hogueras de esos bomberos del futuro, tiene cierta semejanza con el incendio final de la Abadía de *El nombre de la rosa* (Eco), cuyas primeras llamas se inician en la biblioteca. En esta novela teológica, de monjes sospechosos y siniestros, y misteriosos asesinatos, la biblioteca es el fundamento, la causa y el origen de los crímenes, y por tanto su celoso guardián explará también, como el profesor Kien de *Auto de Fe* (Canetti), ese total desprecio que siente hacia los hombres, y se quemará con ella, como un irreplicable libro que nunca podrá ser recuperado. Jorge de Burgos preserva así, mediante el crimen, "la mayor biblioteca de la cristiandad", y en concreto el libro perdido de la poética de Aristóteles sobre la comedia y la risa, del que se conservaba ahí un único ejemplar que, según el monje arrogante y dogmático, podría servir para que la risa aniquilara el miedo a Dios. La biblioteca se convierte aquí, no en una estancia del saber, sino en un lugar reservado al secreto, un lugar que nadie puede violar y al que tampoco se puede acceder sin peligro de muerte. El bibliotecario ha invertido sus papeles, y de custodio se ha transformado en guardián. De igual manera, la biblioteca no representa el conocimiento del saber y de la vida, sino la perdición y la muerte. Guillermo de Baskerville, el monje sagaz, tolerante y amante del saber y de los libros, ve así esa biblioteca antes de que las llamas la destruyan: "El bien de un libro consiste en ser leído. Un libro está hecho de signos que hablan de otros signos, que, a su vez, hablan de las cosas. Sin unos ojos que los lean, un libro contiene signos que no producen conceptos. Y por tanto, es mudo. Quizás esta biblioteca ha nacido para salvar los libros que contiene, pero ahora vive para mantenerlos sepultados".

Imagen del bibliotecario

El bibliotecario es un individuo (lo apuntábamos más arriba) idóneo para componer personajes episódicos de características risibles o ridículas, con su porción de intolerancia, propensión a la cólera, malos modales, aspecto de indigente, negado para las incitaciones sensuales, tal vez sin emociones, con un pasa-

do que todos ignoran, entronizado en un perpetuo presente, que lleva con arrogancia patética una vida sedentaria, distraído hasta la estupidez y, no obstante, maniaco del orden, inclinado a perorar sobre la necesidad de los hombres, y acaso muy agraviado por una predecible fealdad. No es el payaso de las bofetadas, pero tiene algo del tonto de pueblo. Sobre él recae la responsabilidad de aceptar la gravedad de un destino oscuro y solitario, sin otro amor o afecto que el que recibe de las polvorientas estanterías, y de quien se sospecha que concluirá su vida de cualquier manera, en un triste cuarto de pensión, por ejemplo, y que nadie después lo recordará, ni siquiera los usuarios de toda la vida, que acaso ni notarán su ausencia.

De alguna manera, tanto el bibliotecario al que se dirige el general Stumm (Musil), como el profesor Kien (Canetti) y Jorge de Burgos (Eco), están creados sobre un molde que contiene algunas de estas características. Sus excesos, desmanes y fanatismos son, ciertamente, hiperbólicos, por utilizar la expresión de Canetti. Pero hay que decir que la función misma del bibliotecario, en cuanto que representa la salvaguardia del saber, se presta a ser convertido, a través de las inevitables exageraciones narrativas, en un personaje dudoso, cuyo trabajo sugiere esa desproporción infeliz del hombre solitario enfren-

tado a una tarea a todas luces desmesurada, pues el número de libros y publicaciones crece fuera de todo control, y amenaza con hacer inútil cualquier propósito de orden.

En todo caso, para la imaginación y la percepción del mundo del novelista, un bibliotecario es un personaje más, a no ser que tenga una especial relevancia en la trama narrativa. Entonces sí, ahí tal vez el bibliotecario adquiere un estatuto especial, como en los ejemplos arriba mencionados. Aunque lo más corriente, en las novelas consultadas, es una aparición fugaz, de poco relieve, que no suele coincidir con una imagen de agradecimiento a una tarea que debía merecer todo tipo de elogios. En general, en el mundo de la ficción es casi inconcebible encontrar algunas formas derivadas de nobleza o heroicidad encarnadas en la figura del bibliotecario. El agradecimiento a las tareas del bibliotecario es siempre una cortesía más propia de ensayistas o investigadores que de novelistas. Quien haya consultado el grueso volumen *Erasmo y España*, de Marcel Bataillon, habrá observado que en las páginas del prefacio, donde procura hacer justicia a todas las personas que, de una u otra manera, han contribuido con sus aportaciones y ayu-



das a la realización del libro, Bataillon destaca con especial énfasis la contribución de los bibliotecarios: "Pero nuestra deuda más inolvidable es la que hemos contraído con muchísimos miembros del cuerpo de archiveros y bibliotecarios españoles. En esta hora trágica en que España se ve destrozada (1), permítansenos unirlos a todos fraternalmente en nuestra gratitud, jefes y subordinados, muertos y vivos, sin atender a jerarquías y sin enumerar los puestos sucesivos en los cuales, a lo largo de casi veinte años, nos hicieron sentir su bondad y cortesía" (2). No cabe, ciertamente, exigir al novelista un agradecimiento semejante, pues lo más probable, sin duda, es que todo, o la sustancia mejor de su trabajo, se lo deba por completo a su propia imaginación.

Traemos aquí esta comparación, un poco por los pelos, porque la imagen del bibliotecario que vamos a registrar y ver ahora se parece mucho más, en efecto, a esa irredimible representación de la torpeza y la estupidez dibujada líneas atrás, que a la hermosa imagen de diligencia, fervor y eficacia que suscitó tan nobles sentimientos en Marcel Bataillon.

En su libro de relatos *El sistema periódico*, el escritor italiano Primo Levi nos ofrece un singular retrato, o mejor, un retrato por partida doble (bibliotecaria y bibliotecario, en dos cuentos distintos), cuya descripción no tiene desperdicio. Para el lector que desconozca este libro, acaso no será innecesario decir que, pese a que se trata de relatos, en la acepción inicial del término, reflejan muchas de las experiencias del propio autor en la Italia posterior a la Segunda Guerra Mundial. De ahí que no puedan considerarse, para nuestro propósito, textos de pura imaginación, sino más bien remembranzas de experiencias vividas. Primo Levi era químico de profesión, y con estos textos intentó, tal como indica el epígrafe que abre el libro, contar penas pasadas. Así vio Primo Levi a la bibliotecaria de una fábrica de productos químicos:

"La bibliotecaria, a quien nunca había visto antes, custodiaba la biblioteca como podía hacerlo un perro de pajar, uno de esos pobres perruchos, deliberadamente maleados a golpes de cadena y de hambre; o

mejor aún la defendía como en *El libro de la selva* custodia el tesoro del rey la vieja cobra desdentada y pálida por tantos siglos de tiniebla. La pobre Paglietta era poco menos que un *lusus naturae*. Era pequeña, sin pecho ni caderas, cerúlea, desmembrada y monstruosamente miope; llevaba unas gafas tan gordas y cóncavas que, vista de frente, sus ojos de un celeste casi blanco, parecían lejanísimos, pegados al fondo del cráneo. Daba la impresión de no haber sido nunca joven, aunque seguramente tendría más de treinta años, y de haber nacido allí, en la sombra, entre aquel vago olor a moho".

La visión del bibliotecario (que, en esta ocasión, no se trata de un empleado de una entidad privada, sino nada menos que de la "venerable biblioteca del Instituto

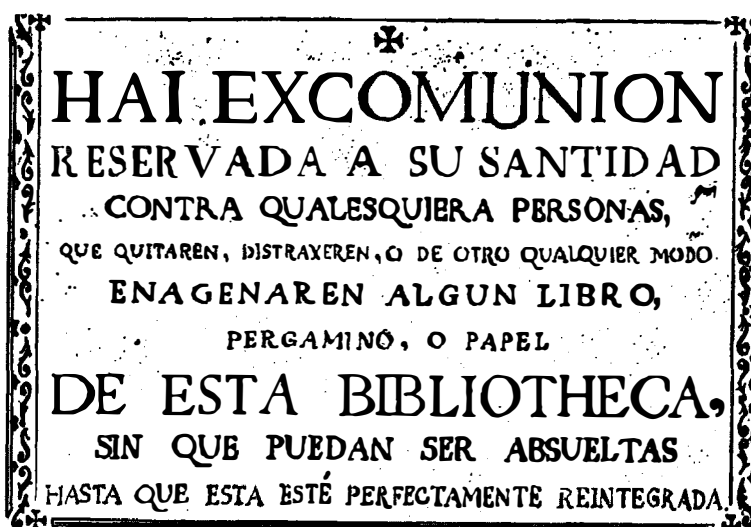
Químico de la Universidad de Turín"), no desmerece de su antecesora; antes al contrario, posee los mismos rasgos de condición y acaso, quién sabe, si les corresponde a ambos individuos el mismo grupo sanguíneo. Sin embargo, aquí las invectivas de Primo Levi alcanzan también a la dirección del centro, dada la absoluta dejadez que impera en esa biblioteca y el

consiguiente desprecio al lector de un edificio que carece de los mínimos requisitos exigibles para llamarse, con rigor, biblioteca:

"Es probable que la Dirección se atuviese al sabio principio según el cual no conviene alentar ni las artes ni las ciencias. Solamente aquel que se sintiese acuciado por una necesidad absoluta o por una pasión arrolladora podría someterse con buen talante a las pruebas de abnegación que se exigían para consultar aquellos tomos. El horario era breve e irracional, la iluminación escasa y los ficheros estaban desordenados. En invierno no había calefacción de ningún tipo. Tampoco había sillas, sino banquetas metálicas incómodas y ruidosas; y para remate el bibliotecario era un pedazo de alcorcho, incompetente, maleducado y de una fealdad impúdica, a quien habían puesto allí en el umbral para aterrorizar con su aspecto y su ladrido a todos los aspirantes al ingreso".

Poco margen dejan estas estampas del horror, sin duda, para fomentar el placer de leer y estimular en el ciudadano el gusto y la atracción por las pesquisas intelectuales. El bibliotecario aparece aquí como un auténtico enemigo del lector, ejerciendo una función en las antípodas de lo que idealmente sería su tarea, no como alguien que honestamente preserva y protege un tesoro común, sino como un cancerbero, un perro de presa que vigila el acceso de los ciudadanos a los servicios de la biblioteca (según Primo Levi, más imaginarios que reales).

Pero Primo Levi no exagera, o al menos su narrador (él mismo) no es la única víctima de esos celosos



(1) El prefacio está firmado en 1937.

(2) Marcel Bataillon, *Erasmus y España*. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1991 (Cuarta reimpresión en España), p. X.

guardianes. Anatole France retrató, en su novela *La rebelión de los ángeles*, escrita a principios de siglo, a un bibliotecario (no sabemos si basado en algún personaje real, pero compuesto, ahora sí, de una materia esencialmente imaginaria): el señor Sarrlette, acaso uno de los más enfermizos, ridículos y celosos bibliotecarios de este siglo. Estos son sus hábitos y algunos de los bochornos y mendacidades que diariamente ejerce en su lugar de trabajo:

"Al día siguiente, a las siete en punto, el señor Sarrlette se incorporaba a su puesto en la biblioteca y catalogaba. Cuando estaba sentado en su escritorio lanzaba a todo visitante una mirada envenenada de Medusa, con el temor de que alguno le pidiera libros prestados. Habría deseado que esa mirada fuera capaz de petrificar no sólo a los magistrados, políticos y prelados que se aprovechaban de su familiaridad con el señor de la casa para pedir cualquier obra, sino también al señor Cayetano, que, como benefactor de la biblioteca, cogía de vez en cuando alguna antigualla licenciosa o impía para los días lluviosos en el campo, o a la señora de Renato Esparvieu cuando venía a buscar algún libro para leer a los enfermos del hospital, e incluso el propio Renato Esparvieu, que por lo común se contentaba con el *Código Civil* de Dalloz. Cada vez que alguien se llevaba el menor legajo se le desgarraba el alma. Con el fin de poder negar los préstamos a aquellos que tenían los mayores derechos para solicitarlos, el señor Sarrlette inventaba mil excusas ingeniosas o burdas, y no le importaba dejar en mal lugar su propia administración, ni suscitar dudas sobre su vigilancia, alegando que se había extraviado o perdido algún volumen que un segundo antes examinaban sus propios ojos, y que ahora apretaba contra su pecho. Y cuando, finalmente, no le quedaba más remedio que entregar un libro, antes de abandonarlo definitivamente se lo quitaba veinte veces de las manos al solicitante. Temblaba sin cesar cada vez que un objeto confiado a su custodia no aparecía. Conservador de trescientos sesenta mil volúmenes, tenía constantemente trescientos sesenta mil motivos de alarma. A veces se despertaba repentinamente en plena noche bañado en sudor frío y lanzaba un grito de angustia porque había visto en sueños un hueco en uno de los estantes de sus armarios. Le parecía monstruoso, inicuo y desolador, que un libro abandonara en algún momento su estante".

Prácticamente idéntico al profesor Kien, el señor Sarrlette se diferencia, no obstante, del personaje creado por Canetti, en que carece de legalidad sobre las propiedades que custodia. A fin de cuentas, la biblioteca de Kien es privada, y él es su dueño absoluto (es su riqueza, como será también su ruina), y esto le legitima para no permitir a nadie, si así lo desea, acceder a sus libros. Sarrlette, en cambio, es un pobre hombre, un empleadito aletado y nervioso, sobrecoigido por la magnificencia de su cargo, que confunde

la función de fichar, preservar y custodiar los volúmenes de la biblioteca, con un temor incontrolado, o mejor, con un pánico infernal, simplemente a que los libros estén fuera del sitio que les corresponde. Se cree el único hombre con dotes para apreciar el valor de cada libro, aunque en realidad sólo le guía una ciega posesión vicaria, que convierte cada gesto suyo en un auténtico disparate. Sarrlette es un ejemplo de bibliotecario intolerante, pero no por sus ideas (seguramente carece de ideas), sino porque concibe la biblioteca como un reducto inaccesible, y considera a cualquier visitante un enemigo declarado, un enemigo a derrotar, puesto que nada bueno se puede esperar

de alguien capaz de profanar con su deseo de leer ese *panteón* del saber que es una biblioteca. Tal vez exageramos, pero Sarrlette, que como personaje literario es una creación magnífica, como bibliotecario es el ejemplo más pertinente del abuso de autoridad, en un campo, además, la biblioteca pública, que nunca es exclusiva de nadie, y que basa su existencia en la protección de la memoria común y el servicio a la colectividad. El señor Sarrlette, como el profesor Kien, y también Jorge de Burgos, en realidad no aman los libros, sino su prohibición, y probablemente eligen ser bibliotecarios como el medio más eficaz de salvar al mundo y a los hombres de los terribles peligros de la lectura. Una triste y cruel paradoja que denota que, en cuanto personaje literario, el bibliotecario es más rico y complejo en su contradicción extrema que como fiel representación de una tarea que es más discreta que deslumbrante.

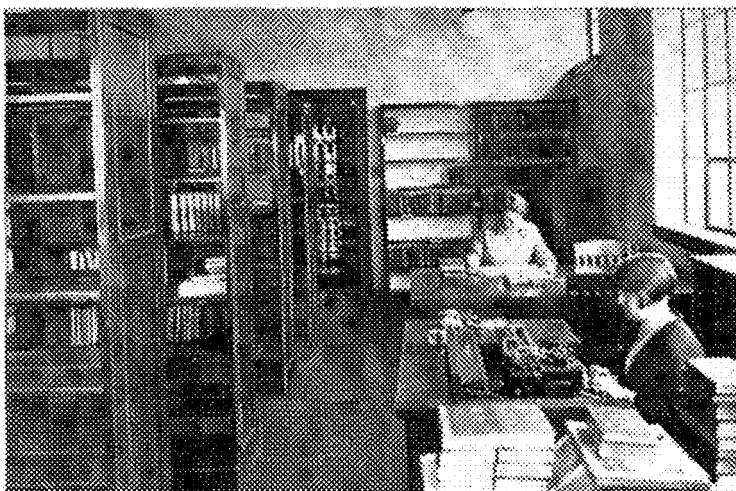
Pero no todos los bibliotecarios son feroces mastines, dispuestos a ladrar al primer indicio de unos pasos. Los hay, sin duda, menos empeñados en el ejercicio de la intolerancia, y con un sentido diligente y generoso de su labor bibliotecaria, aunque raramente en la presentación de su aspecto físico están ausentes esos rasgos (que casi se pueden considerar canónicos) de ridiculez. En la novela de Vladimir Nabokov, escrita en clave de parodia de las novelas criminales, *Invitado a una decapitación*, en la prisión en la que Cincinnatus C. aguarda a que se cumpla su sentencia de muerte, hay una biblioteca, curiosamente "la segunda de la ciudad por su tamaño y la rareza de sus volúmenes", y al frente de ella un bibliotecario cuyas trazas y modales, tal como lo describe Nabokov, acaso no tienen otro objetivo que mantener viva esa imagen esperpéntica que venimos observando:



"Este último [el bibliotecario] era un hombre de gran tamaño pero de aspecto enfermizo, pálido, con sombras debajo de los ojos, con una calva manchada encerrada dentro de una corona de cabello oscuro, con un torso largo dentro de una chaqueta de lana azul, descolorida en partes por remiendos en los codos. Tenía las manos dentro de los bolsillos del pantalón, estrechos como la muerte, y sostenía debajo del brazo un libro grande encuadernado en cuero negro. Cincinnatus ya había tenido el placer de verlo en otra ocasión.

-El catálogo- dijo el bibliotecario, cuya manera de hablar se distinguía por una especie de desafiante laconismo".

Es evidente que esa hosca diligencia, ese laconismo, fruto de la poca inclinación del bibliotecario al diálogo y la confraternización, no puede augurar nada bueno. Todos los personajes, en esta novela, tienen un tratamiento de farsa, del que ni siquiera escapa el curioso catálogo, que no es, precisamente, un instrumento idóneo para favorecer al ocasional usuario la adecuada elección de un libro: "Resultaba difícil para cualquiera que no fuera especialista comprender el catálogo, ya que los títulos no figuraban en orden alfabético, sino de acuerdo al número de páginas que contenían, con anotaciones respecto a cuantas hojas extras (la fin de evitar la duplicación) habían sido pegadas a éste o a aquel libro". No obstante, este bibliotecario (que, no lo olvidemos, trabaja en una cárcel), pese a su apacible inutilidad, no carece de cierta bondad, también inútil, pero que dota al personaje de algunos



sentimientos de humanidad: "Casi inmediatamente, sin embargo, Cincinnatus tuvo otra visita: el bibliotecario, que venía a retirar los libros. Su cara larga y pálida, con su halo de polvorientos cabellos negros alrededor de un punto calvo, su largo torso trémulo cubierto por un saco de lana azulado, sus largas piernas en sus troncados pantalones -todo esto junto creaba una rara y mórbida impresión, como si el hombre hubiera sido achatado. Sin embargo, a Cincinnatus le dio la impresión de que, con el polvo de los libros, una película de algo remotamente humano se había asentado sobre el bibliotecario". Esta impresión de humanidad que, sobre el bibliotecario, tiene el condenado, no será una percepción errónea, pues en el instante de la ejecución el bibliotecario será el único que demostrará una contundente repulsa, de signo totalmente inequívoco, ante la pena de muerte: "El pálido bibliotecario estaba sentado sobre los escalones, doblado en dos, vomitando".

Hay otros bibliotecarios, como Matías Pascal (Pirandello), que aún conservan ciertos rasgos caricaturescos, pero en esas deformaciones, por lo general, prima la intencionalidad expresiva del autor, cuya

obra obedece así a su particular concepción del mundo. De ahí que, como sucede precisamente con Matías Pascal, su trabajo de bibliotecario, más ocasional que decidido, sea una de las insólitas tareas que realiza a lo largo de su atareada doble vida (muere dos veces). Pero sí es significativo cómo se produce su inclusión en la profesión bibliotecaria. Este es el diálogo que le lleva a sustituir al anterior empleado del Municipio de Boccamazza, un bibliotecario que ni siquiera se da cuenta de que ya ha sido jubilado:

"-Anoche, estando cenando... Oye: ¿no conoces tú a Romitelli?...

-No.

-¿Cómo que no! Ese que está en la Biblioteca Boccamazza. Un individuo sordo, medio ciego, alorado y que apenas puede tenerse en pie. Anoche, en ocasión de estar cenando, contóme mi padre que la Biblioteca se halla en un estado que da lástima y que convendría poner remedio a ello con la mayor diligencia. ¡Ahí tienes el puesto que a ti te hace falta!

-¿Bibliotecario! -exclamé-. ¿Yo bibliotecario?

-¿Por qué no? -replicóme Pomino-. ¡Si lo es Romitelli!

-Aquella razón convencióme."

En la biblioteca de Boccamazza los libros tienen un trato más directo con las ratas que con los lectores. Aquí es innecesario inventar estrategias de disuasión o concebir celos absurdos con respecto a los lectores, porque nadie se acerca a la biblioteca. De suerte que, en sus tareas de bibliotecario, Matías Pascal se encuentra "roído por el tedio", en una soledad

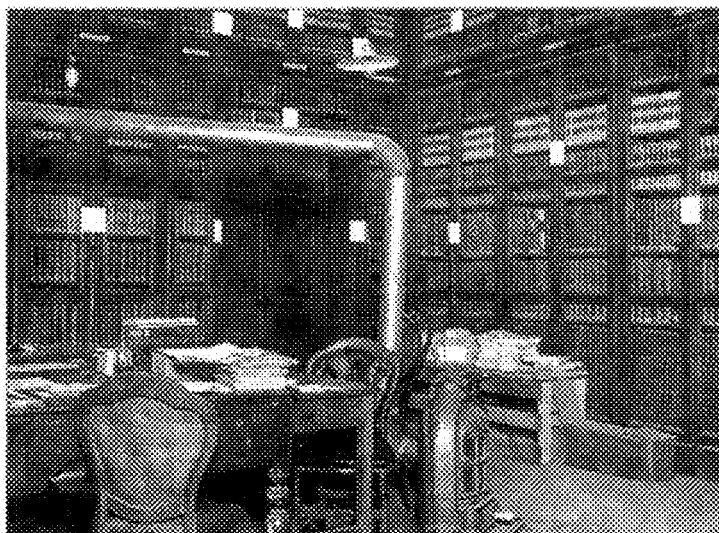
que mitiga a veces cazando ratas. La imagen es, ciertamente, estremecedora, aunque también se trata de una imagen tan risible que al cabo resulta conmovedora, ya que esa misma aburrida actividad será la que le conducirá al encuentro con los libros: "La primera vez que hubo de ocurrirme encontrarme con un libro en las manos, cogido a la ventura, sin advertirlo, de uno de los estantes, entróme por el cuerpo un calofrío de horror. ¿Iría a sucederme lo que a Romitelli? ¿Me iría a creer obligado, por el solo hecho de ser bibliotecario, a leer yo por todos los que no iban a la Biblioteca? Y tiré el libro al suelo. Sólo que luego lo recogí de allí, y ¡ah!, señores, me puse a leer yo también".

Al carecer de vocación bibliotecaria, o simplemente debido a que el trabajo de este personaje en la biblioteca es un episodio entre muchos, Matías Pascal no sobrelleva esa amargura latente y ese desapacible carácter de los bibliotecarios profesionales que hemos visto en otras novelas. Ciertamente, de todos modos, el nada casual desastre en que se encuentra esa biblioteca no contribuye a formar ningún espíritu; al contrario, esa atmósfera, susceptible de volver loco a

cualquiera, influye decididamente en el dibujo y las peculiares características del personaje. No obstante, no cabe, en este caso, considerar a Matías Pascal un modelo más o menos fidedigno de bibliotecario, precisamente porque las tareas diversas que lleva a cabo a lo largo de la novela están tratadas con el mismo sentido humorístico y forman parte, por tanto, de un universo visto con la lente dramática de Pirandello, que siempre refuerza los elementos teatrales a favor de la expresividad del texto.

No hay que ir demasiado lejos para encontrar, sin hacer demasiadas pesquisas, otros ejemplos evidentes de bibliotecarios profesionales, cuya figura coincide con el molde deleznable más común del bibliotecario que reiteradamente venimos recogiendo. (Ya podemos decir, a estas alturas, que esta insistencia de los novelistas en componer bibliotecarios poco agraciados, tenebrosos e intolerantes, tal vez obedezca a una inconfesable necesidad de escarnio, y quién sabe si sólo estudiando este asunto bajo la luz del psicoanálisis se hallaría alguna respuesta satisfactoria).

En todo caso, es más que sintomática la visión de una bibliotecaria que ofrece John Le Carré, en una de sus novelas más famosas, *El espía que surgió del frío*. El episodio en la biblioteca, como casi todo en esta novela, tendrá después, en la resolución de la trama, una consecuencia inesperada; pero nada ocurrirá con esta mujer bibliotecaria, que nunca más volverá a aparecer. Leamas, el protagonista, mantendrá, no obstante, con una compañera de trabajo de la biblioteca, de un rango laboral semejante al suyo, ayudante eventual, una tormentosa relación que desembocará en un trágico final. Pero el autor ve siempre a ese personaje fuera de las funciones específicas de su trabajo en la biblioteca. Con esto queremos decir que la condición laboral, específica, recae sólo sobre la bibliotecaria oficial, la única persona que representa en puridad la profesión bibliotecaria. Pero veamos ya, sin más preámbulos, cómo presenta Le Carré a la bibliotecaria y su lugar de trabajo: "La Biblioteca era como la nave de una iglesia y, además, muy fría. Las negras estufas de petróleo, en los extremos, daban un olor a parafina. En medio del local había una cabina, como la de los testigos en un tribunal, y dentro estaba sentada la señorita Crail, la bibliotecaria". Con esta señorita Crail, Leamas, que ha sido contratado de asistente, no conseguirá mantener ni siquiera una buena relación de cortesía. Aunque Leamas no es un



hombre de trato fácil, pues se siente fracasado y tiene propensión a la violencia, la señorita Crail, no obstante, mantiene un comportamiento irreducible a la amabilidad, y los conflictos entre los dos serán constantes e indisolubles. Pero así como Leamas posee, en cuanto personaje, un aura de atracción (a fin de cuentas es *el personaje*), Le Carré no permite que haya ningún atractivo, ni siquiera borroso o lejano, en la figura de la bibliotecaria: "Se había convertido en un enemigo de la señorita Crail, y a la señorita Crail lo que le gustaba eran los enemigos. O le miraba ceñuda o fingía no verle, y cuando él se acercaba, ella empezaba a temblar, mirando a derecha e izquierda, quizás en busca de algo con que defenderse, o de una línea de escapatória. A

veces sentía un inmenso resentimiento, como cuando él colgó su impermeable en la percha de "ella" y ésta se quedó delante temblando durante sus buenos cinco minutos". Y un poco más adelante, como consecuencia de otro conflicto entre ellos, ésta es la reacción de la bibliotecaria: "Debido a esto ella sufrió un verdadero ataque de epilepsia, revolviendo los ojos y enredando confusamente con el lápiz hasta que Leamas se marchó. Después, estuvo conspirando por teléfono durante horas seguidas".

Además de este factor de histeria que introduce Le Carré, relativamente nuevo en la imagen del bibliotecario que venimos observando, hay otro aspecto novedoso igualmente sombrío en otras novelas, que contribuye a degradar, aún más si cabe, la figura del bibliotecario. Se trata, ni más ni menos, que de representar y servir, de encarnar vivamente las leyes más severas, crueles e injustas (impedir la entrada a la biblioteca a ciertas personas; judíos, por ejemplo) con una eficacia manifiesta que sin duda no hubieran destinado a otras tareas propiamente bibliotecarias. Esta función es notablemente siniestra, y es curioso observar que ejercen esta mínima porción de poder con la naturalidad de quien no ha hecho otra cosa en la vida. En *El jardín de los Finzi-Contini*, de Giorgio Bassani, que, al igual que *El sistema periódico* (Levi), está basado en experiencias reales de su autor, hay un episodio que refleja las consecuencias, dentro de una biblioteca, de las leyes antisemitas promulgadas por Mussolini:

"Aquella mañana, pues, como decía, se me había ocurrido la bonita idea de pasarla en la biblioteca. Pero apenas había tenido tiempo de sentarme a la mesa de la sala de consulta y sacar lo que precisaba, cuando uno de los empleados, un tal Poledrelli, un tipo de unos sesenta años, grueso, jovial, célebre devorador de tallarines e incapaz de pronunciar

dos palabras seguidas, si no era en dialecto, se me había acercado para ordenarme que me marchara al instante. Muy tieso, metiendo la barriga hacia dentro y consiguiendo hasta expresarse en italiano, el bueno de Poledrelli había explicado en voz alta, oficial, que el señor director había dado órdenes terminantes al respecto: razón por la cual -había repetido- debía yo hacer el favor de levantarme y salir. Aquella mañana la sala de consulta estaba particularmente llena de muchachos de las escuelas medias. La escena había sido seguida, en un silencio sepulcral, por no menos de cincuenta pares de ojos y otros tantos de oídos. Bueno, pues, precisamente por esa razón -proseguí-, no me había resultado nada agradable levantarme, recoger mis cosas de la mesa, volver a meter todo en la cartera y ganar después, paso a paso, el portalón de cristales de la entrada. De acuerdo: aquel infeliz de Poledrelli se había limitado a cumplir órdenes".

Expulsado por su condición de judío, por fortuna el narrador y protagonista encuentra cobijo en una biblioteca particular que, dada su excelencia, no nos resistimos a transcribir, incluido el estudio del dueño de la casa:

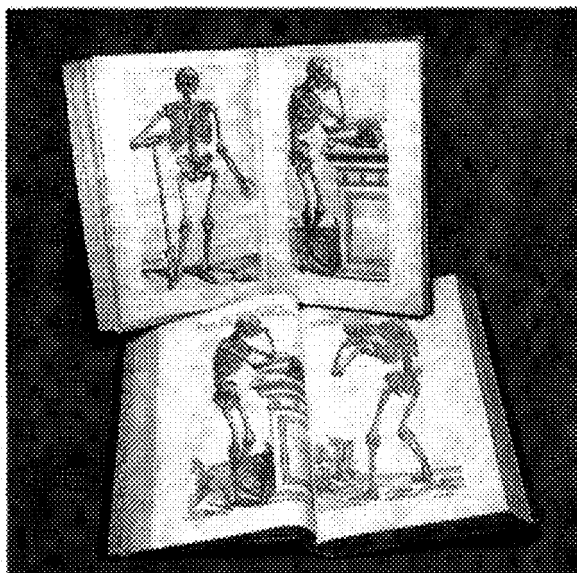
"Entre los casi veinte mil libros de la casa, muchísimos de los cuales de tema científico, o histórico, o de diversas materias de erudición (en alemán, la mayoría de estos últimos), había, en efecto, varios centenares relativos a la literatura de la Nueva Italia. Además, de todo lo que se había publicado en el ambiente literario carducciano de fines de siglo, en los decenios en que Carducci había enseñado en Bolonia, se puede decir que no faltaba de nada. (...) No cabe duda que esos libros, reunidos en tres estantes aislados y con cristales que ocupaban toda una pared de un vasto salón del primer piso contiguo al estudio personal del profesor Ermanno, y cuidadosamente catalogados, representaban en conjunto una colección con la que cualquier biblioteca pública, incluida la del Archiginnasio, de Bolonia, habría deseado adornarse. (...) Conque nos trasladamos al estudio, que era una habitación casi tan grande como el salón de billar, pero empuñada, hasta parecer angosta incluso, por una increíble acumulación de objetos de lo más diversos. Libros, para empezar, había allí también muchísimos. Los de tema literario mezclados con los de ciencia (matemática, física, economía, agricultura, medicina, astronomía, etcétera); los de historia patria, ferrarese o veneciana, con los de "antigüedades judaicas": los volúmenes abarrotaban sin orden, al azar, los acostumbrados estantes con cristales, ocupaban buena parte de la mesa de nogal, al otro lado de la cual, sentado, el profesor Ermanno probablemente no lograba sobresalir salvo con la punta del gorro, se amontonaban en pilas tambaleantes sobre las sillas, se apilaban hasta en el suelo en montones dispersos prácticamente por todos lados. Un gran planisferio, además, un atril, un microscopio, media docena de barómetros, una caja fuerte de acero pintada de rojo oscuro, una blanca camita de ambulatorio médico, varias clepsidras de diversos tamaños, un timbal de latón, un pequeño piano vertical alemán, encima del cual había dos metrónomos encerrados en sus estuches piramidales, y muchos otros objetos, además de éstos, de dudosa utilidad y que no

recuerdo, conferían al ambiente un aire de gabinete faustiano, respecto al cual él, el profesor Ermanno, fue el primero en sonreír y excusarse como si se tratara de una debilidad suya personal, privada: casi un resto de manías juveniles."

En esta galería un tanto espectral de bibliotecarios que venimos revisando, cuyas figuras, en la novelística de nuestro siglo, parecen hacerse visibles para aplacar en el lector la más sólida vocación hacia las tareas humanísticas de la biblioteca, el profesor Ermanno representa justamente ese ideal de entrega a la conservación de los libros, y a la lectura y la investigación. Pero sucede que, a la vez, este profesor demuestra con el ejemplo de su vida (de ahí la obligada extensión de la cita), las más notables cualidades de generosidad, discreción y humildad que acaso debían considerarse naturales para el ejercicio de las labores bibliotecarias. Sólo un grave inconveniente impide a este profesor erigirse en imagen modélica del bibliotecario, y es que el ámbito de su trabajo está restringido únicamente a lo privado, y es en ese espacio reservado (que es, dentro de lo posible, un lugar de libertad) donde se resaltan las vir-

tudes que no vemos en el resto de los personajes cuya tarea corresponde al ámbito común de lo público.

Por otro lado, no es demasiado frecuente, por parte de los novelistas, una atención detallada a las formalidades del trabajo de biblioteca. Hay que suponer, de entrada, que el carácter más o menos "oficinesco" (fichar, catalogar, organizar, etc.) de las tareas propias de un bibliotecario, acusan un espíritu semejante a las tareas "administrativas", y que esta semejanza está ya, si puede decirse así, prejuiciada dentro de la ficción narrativa, de tal modo que es habitual que dichas tareas aparezcan provistas de una peculiar atmósfera de mediocridad, sólo en ocasiones redimida por algún hallazgo sorprendente que cambia radicalmente la vida de las personas que trabajan allí. Este es el argumento sobre el que gira *El expediente del naufrago* (Mateo Díez), de tal modo que un archivo polvoriento se convierte en un lugar de fantasía. Ahí el archivo es un semillero de metáforas, de réplicas o sucedáneos del mundo, capaz de suscitar rarezas y extravagancias, ya que alberga en su interior excedentes imaginarios, y las ruinas y deshechos de múltiples historias a la espera del narrador que quiera contarlas. En esta novela de Luis Mateo Díez, un personaje expulsado del archivo define así su

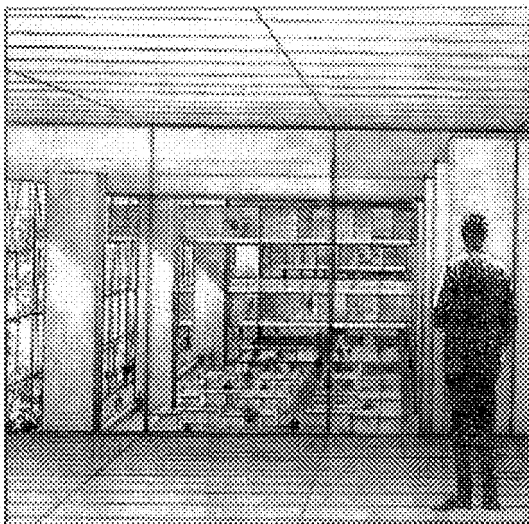


influjo: "Un limbo ajeno a la realidad, donde uno tenía la conciencia de estar guardando algo inútil y la inutilidad era lo que más cerca estaba de la inocencia". Tal vez, si aceptamos esta frase como lo que es, una invitación a la perplejidad, podría ella sola bastar para elevar la biblioteca a la merecida dignidad que siempre se le niega.

Hay que hacer notar que, cuando el novelista ha ejercido, en algún momento de su vida, de bibliotecario, sus páginas reflejan una mayor veracidad y conocimiento de la profesión, y así sucede que abordan con una comprensión más fidedigna a la *realidad* el mundo de las bibliotecas, lo que no les impide, desde luego, que incluyan toda una simbología complementaria que enriquece ese mundo. Borges lo hizo como nadie, convirtió la biblioteca en una metáfora del universo, y Borges fue bibliotecario. También lo fueron Anatole France y Robert Musil. Y Georges Perec que, en su voluminosa novela, la más famosa de todas las que escribió, *La vida instrucciones de uso*, dedicó dos capítulos a describir, con minucioso detalle, los procedimientos y las tareas que poco a poco van conformando los materiales y la organización de una biblioteca:

"Completaba el legado de Henri Astrat una renta importante destinada a subvencionar la labor de enriquecimiento de su colección, que no tenía equivalente en parte alguna del mundo. La Biblioteca de la Opera pudo fundar así un Fondo Astrat, consistente en tres salas de exposición y de lectura, guardadas por dos vigilantes, y dos despachos, ocupados uno por un conservador y el otro por una subbibliotecaria y un subbibliotecario auxiliar a media jornada. El conservador —un profesor de historia del arte especializado en las fiestas renacentistas— recibía a las personalidades facultadas para consultar el fondo —investigadores, críticos teatrales, historiadores de los espectáculos, musicólogos, directores de escena, decoradores, músicos, bofetistas, intérpretes, etc.— y organizaba exposiciones (Homenaje al MET, Centenario de la Traviata, etc.); la subbibliotecaria leía casi todos los diarios de París y una cantidad relativamente importante de semanarios, revistas y publicaciones diversas y enmarcaba con un trazo de lápiz rojo todo artículo que tratase de la ópera en general (*¿Se cierra la Opera?*, *Proyectos para la Opera*, *La Opera hoy*, *El fantasma de la Opera: realidad y leyenda*, etc.) o de una ópera en particular; el subbibliotecario auxiliar a media jornada recortaba los artículos enmarcados en rojo y los metía, sin pegar, en unas "carpetas provisionales" (CP) sujetas con gomas; al cabo de un tiempo variable, pero que no solía pasar de seis semanas, se sacaban los recortes de prensa (cuya abreviatura era RP) de las CP, se pegaban en hojas de papel blanco de 21 x 27, escribiéndose, arriba y a la izquierda, con tinta roja, el título de la ópera, con mayúsculas subrayadas dos veces, el género (ópera, ópera cómica, ópera bufa, oratorio dramático, vodevil, opereta, etc.), el nombre del compositor, el nombre del director de orquesta, el nombre del director de escena, el nombre de la sala, con mayúsculas subrayadas una vez, y la fecha de la primera representación pública; los recortes pegados se volvían a introducir entonces en sus carpetas, pero éstas, en vez de ir atadas con gomas, llevaban unos cor-

doncitos de lino, lo que las convertía en "carpetas pendientes" (cuya abreviatura era igualmente CP), que se colocaban en un armario de cristales del despacho de la subbibliotecaria y del subbibliotecario auxiliar a media jornada (SB2AMJ); pasadas unas semanas, cuando ya era evidente que no se dedicarían más artículos a aquella representación, se trasladaba la CP a uno de los grandes armarios de rejillas de las salas de exposición y lectura, donde se convertía por último en "carpeta archivada" (CA), sometida al mismo tratamiento que las restantes del Fondo Astrat, o sea "consultable in situ, previa presentación de una tarjeta definitiva o una autorización particular, expedida por el Conservador administrativo del Fondo" (Extracto del Estatuto, artículo XVIII, apartado 3, párrafo c)."



Hasta aquí, sin más, la descripción detallada de un trabajo bibliotecario. Pero Georges Perec, como buen conocedor de la política cultural aplicada al ámbito bibliotecario, suponemos que consciente de que las líneas anteriores denotan una situación más ideal que real, casi un estado de felicidad administrativa, introduce en seguida el factor que más determina y configura la *realidad*, y no sólo a la realidad bibliotecaria: el dinero, la rentabilidad de los presump-

tos públicos, la eficacia considerada como la única virtud de las finanzas:

"Por desgracia no se renovó el empleo a media jornada. Un inspector financiero encargado de descubrir la causa inexplicable del déficit sufrido de un año a otro por las bibliotecas en general y por la Biblioteca de la Opera en particular, emitió en su informe la opinión de que dos vigilantes para tres salas eran demasiado y ciento sesenta y cinco francos con dieciocho céntimos mensuales para recortar artículos de los periódicos eran ciento sesenta y cinco francos con dieciocho céntimos inútilmente gastados, habida cuenta de que aquel único vigilante que no tendría otra cosa que hacer más que vigilar podría también recortar mientras vigilaba. La subbibliotecaria, una señora tímida de cincuenta años con ojos grandes y tristes y una prótesis auditiva, intentó explicar que las idas y venidas de las CP (carpetas provisionales) y las CP (carpetas pendientes) entre su despacho y las salas de exposición y lectura serían a partir de entonces fuente continua de problemas con riesgo de dañar gravemente las CA —lo cual pudo comprobarse después—, pero el conservador, satisfecho de conservar aunque fuera sólo su plaza, abundó en el sentido del inspector y, "dispuesto a cortar la hemorragia financiera crónica" de su departamento, decidió 1) que no hubiera más que un vigilante, 2) que no hubiera más subbibliotecario auxiliar a media jornada (SB2AMJ), 3) que las salas de exposición y lectura se abrieran sólo tres tardes a la semana, 4) que la propia subbibliotecaria recortara aquellos artículos que considerase "más importantes" y mandara recortar los restantes al vigilante; por último 5) que, en adelante, en aras de las economía, los artículos recortados se pegaran por las dos caras de la hoja".

Nos consta que estas modificaciones que, a partir de la intervención del inspector financiero, provocan

prácticamente el desarme de la biblioteca, no es un episodio que haya brotado por generación espontánea de la mente de Georges Perec. Este autor francés, documentalista en neurofisiología, uno de los miembros fundamentales del OuLiPo (Ouvroir de Littérature Potentielle), fue un hombre de un extraordinario talento y de una poderosa imaginación, guionista de cine, experto en acrósticos, entre otras cosas igualmente insólitas, pero no necesitó recurrir a ninguna instancia fantástica ni hacer desbordar su imaginación para escribir ese episodio. Se podría decir que se trata, en cada uno de sus puntos, de una descripción naturalista. No es un prodigio de excelencia imaginativa, sino una veraz reproducción de lo que sucede habitualmente con las bibliotecas. De ello son testigos los mismos bibliotecarios. Y no será necesario insistir, por tanto, que aquí la literatura, despojada de los ornamentos y oropeles propios de la simbolización y de la metáfora, señala, y tal vez denuncia, ese estado de desprotección y amenaza (¿o tal vez habría que decir desprecio?) en que viven las bibliotecas y que hacen que se mantengan, en equilibrio, sobreviviéndose a duras penas a sí mismas.

Llegados a este punto, podemos ahora incorporar, para cerrar este apartado, a un personaje que se incrusta, como una sombra, en la figura del bibliotecario, pero que nada, o muy poco, tiene que ver con preservar libros, ni con ordenar, catalogar o fichar, y ni siquiera con el espacio específico de las bibliotecas. En el universo de la creación novelesca hay ciertos personajes que, no siendo bibliotecarios ni ejerciendo como tales, sin embargo representan ese intenso amor a los libros que es la idoneidad más ferviente, si alguna habría que destacar, en la función ideal del bibliotecario. Un personaje memorable, en quien confluyen estas características, es el narrador de *Una soledad demasiado ruidosa* (Hrabal). Su trabajo consiste en prensar libros y papel viejo, una tarea a la que ha dedicado treinta y cinco años de su vida. Pero en todo ese tiempo este personaje ha ido recogiendo y rescatando libros, los ha ido guardando en su casa, los ha ido leyendo, y pese al aspecto destructivo de su trabajo, comprende mejor que nadie el valor de las palabras, la belleza de las páginas escritas:

"Hace treinta y cinco años que preno libros y papel viejo, treinta y cinco años que me embadumo con letras, hasta el punto de parecer un enciclopedia, una más entre las muchas de las cuales, durante todo este tiempo, habré comprimido alrededor de treinta toneladas, soy una jarra llena de agua viva y agua muerta, basta que me incline un poco para

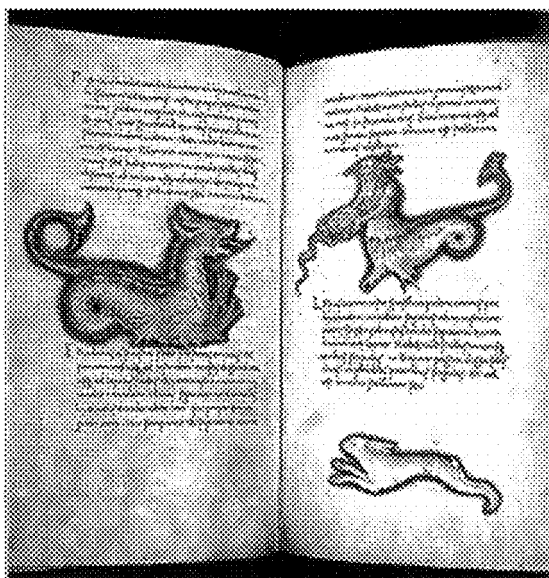
que me rebosen los más bellos pensamientos, soy culto a pesar de sí mismo y ya no sé qué ideas son mías, surgidas propiamente de mí, y cuáles he adquirido leyendo, y es que durante estos treinta y cinco años me he amalgamado con el mundo que me rodea porque yo, cuando leo, de hecho no leo, sino que tomo una frase bella en el pico y la chupo como un caramelo, la sorbo como una copita de licor, se disuelve en mí, la saboreo durante tanto tiempo que acaba no sólo penetrando mi cerebro y mi corazón, sino que circula por mis venas hasta las raíces de los vasos sanguíneos".

Frente a la recurrente imagen del bibliotecario que puebla las páginas de la novelística contemporánea, mezcla de ridículo y farsa, valga esta figura conmovedora, que representa el mejor diseño de lo que idealmente es la labor de las bibliotecas. Y valga, sobre todo, su experiencia de la lectura: "porque cuando un libro comunica algo válido, su ritmo silencioso persiste incluso mientras lo devoran las llamas, y es que un verdadero libro siempre indica algún camino nuevo que conduce más allá de sí mismo. (...) cuando me sumerjo en la lectura, estoy en otra parte, dentro del texto, me despierto sorprendido y reconozco con culpa que efectivamente vuelvo de un sueño, del más bello de los mundos, del corazón mismo de la verdad."

En la sala de lectura

Dentro de la biblioteca, la sala de lectura es como el altar donde se oficia la liturgia de leer. Para el lector, para el usuario, todos los otros elementos de la biblioteca, incluido el edificio mismo y las condiciones que regulan su funcionamiento (tarjeta de lector, petición de libros, ocupación de un asiento, etc.), no son más que ritos de paso, trámites: el objetivo, sin duda, es permanecer en la sala de lectura, y el propósito de esa permanencia, claro está, leer, entrar en un mundo de significados infinitos, lo que supone penetrar en un universo que no tiene fin, o cuyo fin es inconcebible para la duración de una vida. "Habitamos la biblioteca -ha escrito Vattimo- precisamente porque nunca terminamos de leer todos los libros que ella contiene, y no disponemos de una *summa* que los resuma y los contenga a todos, hasta -como lo creyó poder hacer la metafísica- adueñarse de los principios primigenios de lo cual todo depende. Nuestro habitar es un habitar "sin fundamento", que sin embargo no desespera al construirse una estabilidad propia tejendo y retejiendo continuamente relaciones, es decir leyendo (incluso en el sentido etimológico de *legere*: recoger...)" (3).

Para la ficción narrativa, no sólo la lectura es un tejido de relaciones, también lo es la sala de lectura:

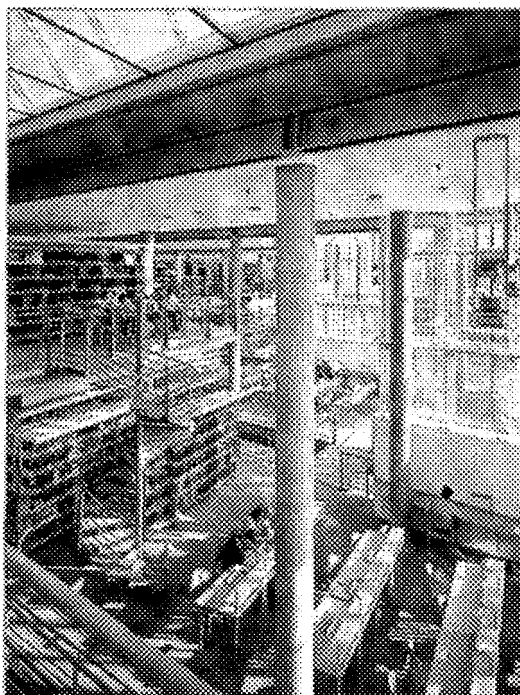


(3) Gianni Vattimo, "Habitare la biblioteca". En *Biblioteca de México*, n.º 25, Enero-febrero, 1995.

un espacio cargado de diferentes causas que pueden ocasionar múltiples efectos; un lector, de pronto, levanta los ojos del libro, y ve a otro lector, en una posición semejante a la suya, con el rostro fijo en las páginas de un libro: ¿está viendo a otro lector, o se está viendo a sí mismo? Sin un espejo que lo refleje, todo en una sala de lectura revierte sobre el lector, y él es la razón, y también la necesidad, de la sala de lectura, por tanto, de la biblioteca misma. Mientras que leer nos comunica con los antepasados, o con aquellos que *hoy* no están *aquí*, la sala de lectura nos mantiene en la evidencia de la actualidad, y así en el ensimismamiento de la lectura palpita algo desconocido, algo que está a punto de suceder. Pero lo que siempre sucede es una evidencia: la confirmación de que no estamos solos.

El tratamiento que, por lo común, recibe en la narrativa la sala de lectura de una biblioteca, a diferencia del ostensible maltrato de que es objeto la figura del bibliotecario, es una buena muestra del fervor del escritor, de cualquier escritor, al hábito de leer. Aunque no se produce una abstracción del lugar (hay, en general, una particular devoción a la atmósfera del lugar, parecido a un agradecimiento tácito, justo lo opuesto que sucedía con el bibliotecario), los episodios o escenas situadas en una sala de lectura adquieren un particular lirismo, al que se añade el temblor de una emoción muy difícil de definir. Rilke, no obstante, expresó muy bien esa emoción en *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*:

"Estoy sentado leyendo a un poeta. Hay muchas personas en la sala, pero no se las oye. Están en sus libros. A veces se mueven entre las hojas, como hombres que duermen y se dan vuelta entre dos sueños. ¡Ah! qué bien se está entre hombres que leen. ¿Por qué no son siempre así? Podéis acercaros a uno y rozarle; no sentirá nada. Podéis empujar a vuestro vecino al levantaros, y si os excusáis, hará un movimiento de cabeza hacia el lado de donde viene vuestra voz, su rostro se vuelve hacia vosotros y no os ve, y sus cabellos son semejantes a los de un hombre dormido. ¡Qué bueno es esto! Estoy sentado y tengo un poeta. ¡Qué suerte! Quizás sean trescientos los que están en esta sala leyendo; pero es imposible que cada uno tenga un poeta. ¡Sabe Dios qué será lo que leen! Además no existen trescientos poetas. En cambio qué suerte la mía: yo, quizá el más miserable de estos lectores, yo, un extranjero, tengo un poeta. Aunque sea pobre. Aunque mi chaqueta, que llevo a diario, comience a estropearse por algunos sitios, aunque a mis zapatos se les pueda hacer éste o aquel reproche. Sin duda, mi cuello está limpio, mi camisa también, y podría, tal como soy, entrar en cualquier confitería, en los grandes bulevares, y adelantar sin temor la mano hacia un plato de pasteles y servirme".



En este fragmento del maravilloso libro de Rilke, la sola permanencia en una sala de lectura, esa forma de refugio frente al caos de la realidad externa, es como un prodigio de la existencia ("¡Ah! qué bien se está entre hombres que leen"), y leer a un poeta, por tanto, una de las experiencias más nobles a la que puede aspirar un lector. Aquí, en efecto, la nobleza, la dignidad, está contrastada con la indigencia del personaje, que sin embargo se eleva por encima de su pobreza material a través del espíritu del texto que está leyendo. El poeta al que se refiere, lo dirá más adelante, es Paul Verlaine.

La lectura, aquí, está considerada como la formación de un espíritu, y la sala de lectura como un útero protector; protege al mismo tiempo que alimenta. Pero también la sala de lectura es una mente, y penetrar en su interior, como escribe Musil, es como penetrar en el interior de un cráneo. Virginia Woolf vio así el Museo Británico en su novela *El cuarto de Jacob*:

"Ahora los libros volvían a estar en su sitio. Alrededor de la cúpula brillaban unas cuantas letras del alfabeto. Muy juntos, formando un círculo alrededor de la cúpula, estaban Platón, Aristóteles, Sófocles y Shakespeare; las literaturas de Roma, Grecia, China, India y Persia. Una hoja de poesía oprimía otra hoja de poesía, una pulida letra se apoyaba suavemente en otra, en una densidad de significado, en un conglomerado de belleza. (...) En el Museo Británico hay una mente enorme. Pensemos que allí Platón está codo a codo con Aristóteles; Shakespeare con Marlowe. Esta gran mente tiene unos conocimientos que ninguna mente individual puede poseer. Sin embargo (tanto tardan en encontrar el bastón), uno no puede evitar el pensar que puede ir al museo con una simple libretita de notas, sentarse a una mesa, y leerla de cabo a rabo. El erudito es el más venerable de todos los hombres -sí, el hombre cual Huxtable de Trinity, que escribe todas sus cartas en griego, dicen, y que se las hubie-

ra podido tener tiesas con Bentley. Y también está la ciencia, los cuadros, la arquitectura- una mente inmensa."

Ahora bien, esta visión exaltada, grandilocuente, eximia, de una biblioteca dentro de un gran museo, de entrada se presta al arrebató, el elogio y la desmesura. La sensación de pequeñez, de humildad, produce perplejidad simplemente mencionando los nombres de las obras de los grandes pensadores y escritores que albergan sus estantes. El estremecimiento, por decirlo así, es previsible. Pero no todas las bibliotecas, no todas sus salas de lectura son lugares tan aureolados por el prestigio de la cultura como el Museo Británico. La verdadera biblioteca (verdadera en el sentido que cumple más llanamente su cometi-

do) es la biblioteca humilde, más o menos perdida que, no obstante, desarrolla su actividad sin otra recompensa que preservar los libros y proveer de lectura a todos los ciudadanos, pertenezcan éstos a la clase que sea. Entre las novelas seleccionadas, destaca especialmente en *El doctor Zhivago* (Pasternak) la descripción de la biblioteca de un pueblo perdido de la Rusia revolucionaria, descripción minuciosa, humanísima, donde una biblioteca se convierte en el reflejo de la vida de un pueblo y de sus gentes:

"En la sala de la biblioteca de Yuriatín, Yuri Andriéievich estaba examinando los libros que había pedido.

La sala de lectura podía contener un centenar de personas, tenía muchas ventanas bajo las cuales se alineaban diversas filas de mesas largas y estrechas. Cuando se hacía de noche, se cerraba la biblioteca, porque en primavera la ciudad no se iluminaba. Pero Yuri Andriéievich nunca se había entretenido hasta el crepúsculo, ni se detuvo en la ciudad más allá del atardecer. Dejaba cerca de la posada de Samdeviátov el caballo que le prestaban los Mikulitsyn, leía toda la mañana y hacia el mediodía regresaba a Varýkino.

Antes de estas visitas a la biblioteca había ido raras veces a Yuriatín, como no hubiese tenido motivos muy particulares para dirigirse a la ciudad. Por eso apenas la conocía. Y cuando la sala de lectura se iba llenando poco a

poco de gente que se sentaba, unos más lejos y otros más cerca de él, experimentaba la sensación de que estaba conociendo la ciudad, como si se encontrase en uno de los lugares más frecuentados, y en la sala parecían comparecer no sólo los lectores, sino las casas y las calles en que vivía.

También la verdadera Yuriatín, real y no imaginaria, podía descubrirse desde las ventanas de la sala. Cerca de la ventana central, la más grande, había un recipiente con agua hervida. Cuando los lectores, para descansar, salían a fumar a la escalera, se detenían junto al recipiente, bebían agua, vertían el resto del vaso en una cubeta y se asomaban a la ventana para admirar la vista de la ciudad.

Había dos tipos de lectores: personas que pertenecían a la clase intelectual, y eran la mayoría, y simple gente del pueblo.

Entre los primeros predominaban las mujeres, pobremente vestidas, dejadas, desprovistas de coquetería. En general todos tenían mal aspecto, flacos, abotargados por distintas causas, el hambre, los trastornos de bilis y los edemas de la hidropesía. Eran asiduos visitantes de la biblioteca, conocían personalmente a los empleados y se sentían allí como en su casa.

La gente del pueblo, con rostros lozanos, bien vestidos, endominados, entraban con aire tímido y confuso, como si fuera la iglesia, pero haciendo ruido, no por ignorancia del reglamento, sino precisamente por el deseo de penetrar en el máximo silencio y por la incapacidad de controlar sus propios pasos y voces demasiado sonoros.

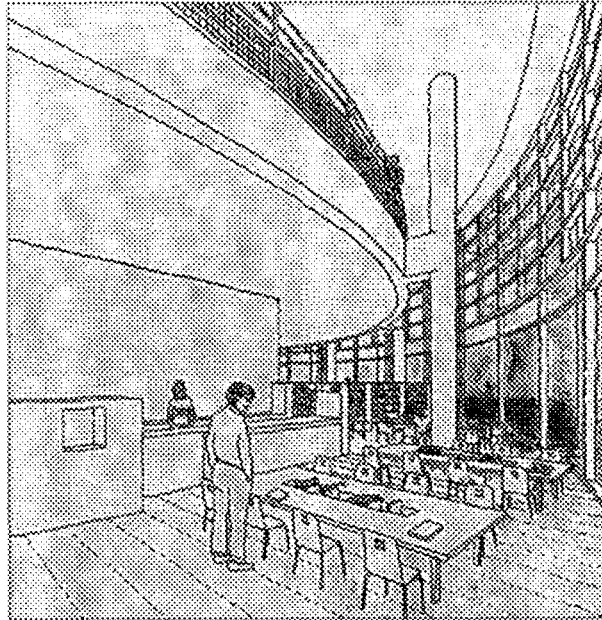
Frente a la ventana, en un nicho de la pared, separados del resto de la sala por una mesa alta, estaban sobre un estrado los empleados, un viejo

bibliotecario y dos ayudantes. Una de éstas, agitada siempre, vestida con trajes de lana, se quitaba y se ponía continuamente el *prince-nez*, evidentemente no por exigencias ópticas, sino a causa de su humor variable. La otra, con una chaqueta de seda negra, debía de estar enferma del pecho porque se llevaba constantemente a la boca y a la nariz un pañuelito, a través del cual hablaba y respiraba.

Los empleados de la biblioteca tenían los mismos rostros chupados, alargados y pálidos de la mayoría de los lectores, la misma piel flácida y muelle, terrosa, con manchas verdosas, del color de los pepinos en sal y del moho. Los tres hacían por turno las mismas cosas: en voz baja explicaban a los lectores nuevos el reglamento de la biblioteca, examinaban las tarjetas de petición, distribuían y recogían los libros y, en las pausas, se dedicaban a redactar su balance anual."

En estos fragmentos de Rilke, Virginia Woolf y Pasternak, la sala de lectura representa, en sus diversas expresiones, un mismo lugar germinativo en tres expresiones distintas: un espacio para el espíritu, el santuario del saber, el reflejo sustancial de la vida de un pueblo. Tres modos de expresión cuya suma nos da el total de lo que una sala de lectura es, o puede ser, en su práctica diaria, y a la vez la capacidad simbólica que es capaz

de suscitar. Pero una sala de lectura, con su concurrencia de visitantes y usuarios, es también el espacio donde se producen múltiples sucesos, desde sutiles descubrimientos de una faceta desconocida o insólita de un personaje (Capote), hasta incluso transformaciones políticas (Calvino, 1993) y por supuesto extrañas comunicaciones en clave que un lector deja a otro lector (Girald Torrente). La lectura, el acarreo de libros que pasan de mano en mano, es como un hilo de interminables ramificaciones, y cada hilo una historia posible, un mundo que se abre como las páginas de un libro todavía por leer. Ahora bien, en la sala de lectura confluye igualmente la negación de la vida, el rechazo a las pulsiones de la sangre y del deseo; los libros, en efecto, pueden ser también formas de muerte, pueden ser lápidas si no llevan al lector al conocimiento inteligente de la vida. Cernuda, que pasó muchos años de su vida en las bibliotecas, expresó así ese intolerable estupor al percibir el olor "exhalado por tantos volúmenes corrompiéndose lentamente en sus nichos". "Mas —escribe Cernuda— un libro debe ser cosa viva, y su lectura revelación maravillada tras de la cual quien leyó ya no es el mismo, o lo es más de como antes lo era. De no ser así el libro, para poco sirve su conocimiento, pues el saber ocupa lugar, tanto que puede desplazar a la inteligencia, como esta biblioteca al campo que antes aquí había."



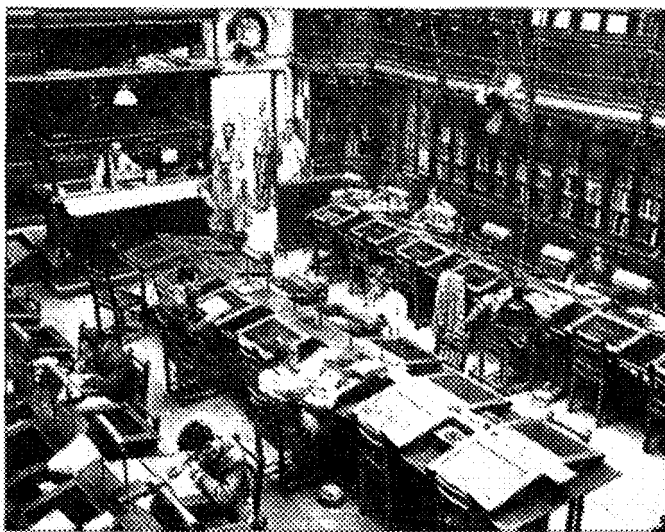
Joyce, recordemos, dice que la biblioteca son "ideas en ataúdes". Paul Auster la llama "cripta del olvido". El personaje de Canetti, cuando se apoya en los cristales de su biblioteca, escucha unos latidos: "eran los libros que gritaban". En *El mundo es un pañuelo* (Lodge), en un salto vertiginoso que nos sitúa ya en el siglo XXI, se dice que la tarjeta American Express ha sustituido al pase a la biblioteca. La sala de lectura tiene un sin fin de imágenes, todas derivadas de una mezcla de fervor y de miedo. Lo decíamos al comienzo, abusando de la precisión de Borges: "Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de temuras y de temores". Ante todo, la biblioteca es un universo inaprehensible, tanto por los libros que alberga (que son mundos que se acumulan para complicar nuestra percepción), como por esa extraña atmósfera, ese ambiente "acogedor" que parece negar la vida que late fuera de los estantes. En *La náusea* (Sartre) este terror a la calles no pasa desapercibido: "Las siete menos diez. Pensé bruscamente que la biblioteca cerraba a las siete. Otra vez me vería arrojado a la ciudad. ¿A dónde iba a ir? ¿Qué haría?". Esta es la pregunta, ¿dónde va el lector cuando abandona la sala de lectura? Como el bibliotecario de Borges, el lector puede sentir que todo, incluida la especie humana, se extingue, y que esa extinción abarca también al lector, pero que la biblioteca, sin embargo, perdura, como escribe Borges: "iluminada, solitaria, infinita, perfectamente inmóvil, armada de volúmenes preciosos, inútil, incorruptible, secreta".

No obstante, todo lo que se apunta en este ensayo muy pronto será distinto. Las bibliotecas perdurarán, sin duda, pero con las implantaciones de las nuevas tecnologías (Internet), el acceso a un saber sin soporte modificará los hábitos del lector y, acaso, quién sabe, también el modo de leer. Las bibliotecas, tal como las conocemos, con esa convención que ha durado siglos, dentro de unos años estarán tan anticuadas como lo está hoy el *scriptorium* de las bibliotecas medievales. "La posibilidad de dejar las colecciones de libros donde están, dispersadas, y reunirlos no bajo una arquitectura única, sino en un catálogo colectivo unido a servicios de transmisión a distancia, es en la actualidad una opción posible desde el punto de vista técnico, eficaz desde una perspectiva científica e interesante económicamente hablando. ¿Será la biblioteca del futuro una fotocopiadora gigante?" (4).

Vivimos hoy tiempos en que las transformaciones técnicas se producen a una velocidad que nuestra

imaginación todavía no es capaz de asimilar. Cuando al fin accedemos al conocimiento de un nuevo instrumento, éste se enriquece con nuevas prestaciones que nos sitúan ante un nuevo desafío y ante el vértigo de acelerar las destrezas para un nuevo aprendizaje que aún no conocemos, pero al que ya debemos adaptarnos, aunque no sepamos en qué va a consistir esa nueva técnica que, cuando se imponga, se hará del todo imprescindible. Los hábitos tradicionales de aprendizaje, dentro de unos años, acaso sean una antigualla, y nos resultará raro ese gesto familiar de pasar las hojas en que consiste la tarea de leer. Y es muy probable que la biblioteca no tenga ninguna imagen. ¿Qué imagen podrá tener si no ocupa espacio, si su lugar no está en ningún sitio, si no tiene

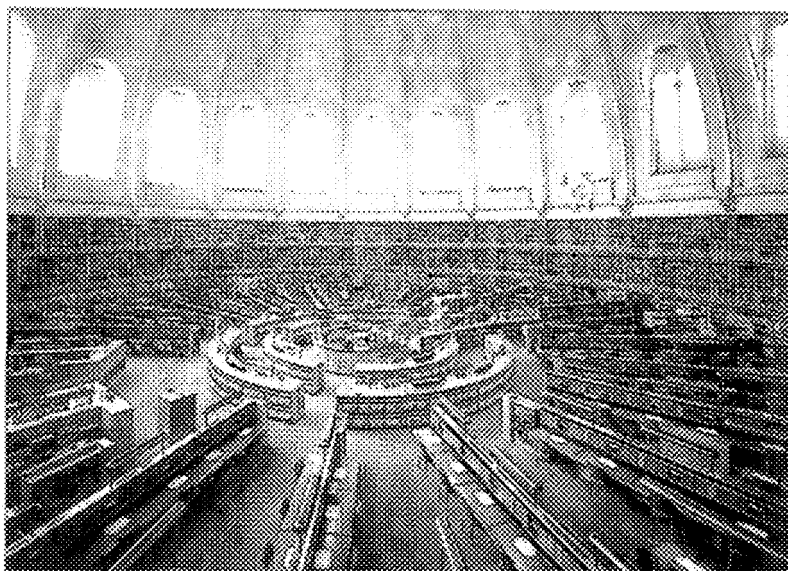
centro que lo señale, ni límites que lo demarquen? Pero mientras se aproxima ese universo, la memoria es la materia de nuestro presente. En un libro reciente, *Los cuadernos de Luis Vives* (el título evoca aquellos cuadernos verticales, rayados, de un color azul gris, que se usaban hace años para los ejercicios escolares). Francisco Umbral rememora el día en que descubrió la biblioteca y la subyugación del universo de los



libros que Borges emancipó a mito literario: "Liberado yo, como he dicho, de disciplinas escolares y franquistas, mamá me había insertado en el árbol de la ciencia, es decir, en la biblioteca. Había en el edificio una gran biblioteca municipal, donde ella me presentó como hijo suyo, y adonde tuve libre acceso desde entonces. Así que ella se metía en su oficina y yo me iba a la biblioteca, que estaba en otro piso. Años cuarenta, años cincuenta, y jamás he encontrado luego una biblioteca pública tan densa, acogedora, surtida, hospitalaria y libre como aquella biblioteca municipal, siempre concurrida. Mamá, antes de abandonarme, me entregaba a la manigua acogedora, tibia y profusa de los libros, me dejaba en el regazo ancho y sabio de la cultura, donde yo leí de todo, desde Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno, que no me hicieron ninguna gracia (humor alemán de un país sin humor), hasta Harry Stephen Keller, la gran novela policíaca norteamericana, pasando por el primer *Cántico* de Jorge Guillén, que me engeguicó con el descubrimiento de la poesía, hasta García Lorca, en cuyo *Romancero* faltaba "La casada infiel", como luego comprobé, y me confirmó mi gran amigo José María de Cossío, que faltaba en la biblioteca del Ateneo de Madrid, página arrancada por un censor fanático o por un erotómano igualmente fanático. También leí una historia completa de la planta del café, que entonces me interesó mucho y que hoy soportaría. Estaba realizando yo, sin saberlo, el mito borgiano de la Biblioteca como Mundo, formulado por Borges muchos siglos más tarde".

Francisco Solano es escritor y crítico literario.

(4) Michel Melot, "Fiebre por las bibliotecas". En *Quilera*, n.º 149, Agosto, 1996.



BIBLIOGRAFÍA

- ASIMOV, Isaac: *Fundación e imperio*. Barcelona: Plaza & Janés, 1995.
- AUSTER, Paul: "Ciudad de cristal", en el volumen *Trilogía de Nueva York*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- BASSANI, Giorgio: "El jardín de los Finzi-Contini", en el volumen *La novela de Ferrara*. Barcelona: Lumen, 1989.
- BORGES, Jorge Luis: *Obras completas*. Barcelona: Emecé, 1989.
- BRADBURY, Ray: *Fahrenheit 451*. Barcelona: Plaza & Janés, 1995.
- BROOKNER, Anita: *Mírame*. Madrid: Fundamentos, 1987.
- BURGESS, Anthony: *La naranja mecánica*. Barcelona: Minotauro, 1994.
- BYATT, A. S.: *Posesión*. Barcelona: Anagrama, 1990.
- CALVINO, Italo: *Si una mañana de invierno un viajero*. Barcelona: Bruguera, 1980.
- "Un general en la biblioteca", en *La gran bonanza de las Antillas*. Barcelona: Tusquets, 1993.
- CANETTI, Elías: *Auto de fe*. Madrid: Muchnik Editores, 1981.
- CAPOTE, Truman: *Desayuno en Tiffany's*. Barcelona: Anagrama, 1994.
- CERNUDA, Luis: *Prosa completa*. Barcelona: Barral Editores, 1975.
- CHANDLER, Raymond: *El sueño eterno*. Madrid: Debate, 1995.
- ECO, Umberto: *El nombre de la rosa*. Barcelona: Lumen, 1995.
- ELIADE, Mircea: *Medianoche en Serampor*. Barcelona: Anagrama, 1983.
- FRANCE, Anatole: *La rebelión de los ángeles*. Madrid, Valdemar, 1995.
- GIRALT TORRENTE, Marcos: "Lo que dicen los libros", en *Entiéndame*. Barcelona: Anagrama, 1995.
- GOPEGUI, Belén: "En desierto playa", en *Cuentos de este siglo. 30 narradoras españolas contemporáneas*. Barcelona: Lumen, 1995.
- GRAFTON, Sue: *F de fugitivo*. Barcelona: Tusquets, 1992.
- HRABAL, Bohumil: *Una soledad demasiado ruidosa*. Barcelona: Destino, 1990.
- JOYCE, James: *Ulises*. Barcelona: Planeta, 1996.
- KING, Stephen: *Eso*. Barcelona: Plaza & Janés, 1987.
- KRISTOF, Agota: *La prueba*. Barcelona: Seix Barral, 1988.
- LE CARRÉ, John: *El espía que surgió del frío*. Barcelona: Plaza & Janés, 1987.
- LEVI, Primo: *El sistema periódico*. Madrid: Alianza, 1988.
- LODGE, David: *El mundo es un pañuelo*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- LURIE, Alison: *Asuntos exteriores*. Barcelona: Tusquets, 1986.
- MARTIN GAITE, Carmen: *Lo raro es vivir*. Barcelona: Anagrama, 1996.
- MATEO DIEZ, Luis: *El expediente del naufrago*. Madrid: Alfaguara, 1992.
- MILLAS, Juan José: *El jardín vacío*. Madrid: Alfaguara, 1987.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio: *Beatus Ille*. Barcelona: Seix Barral, 1986.
- MUÑOZ MOLINA, Antonio: *El jinete polaco*. Barcelona: Planeta, 1991.
- MUSIL, Robert: *El hombre sin atributos* (volumen 2). Barcelona: Seix Barral, 1986.
- NABOKOV, Vladimir: *Invitado a una decapitación*. Barcelona: Edhasa, 1971.
- ORDAZ, Jorge: *Las confesiones de un bibliófago*. Madrid: Calpe Narrativa, 1989.
- PASTERNAK, Boris: *El doctor Zhivago*. Madrid: Cátedra, 1991.
- PEREC, Georges: *La vida instrucciones de uso*. Barcelona: Anagrama, 1988.
- PEREZ-REVERTE, Jorge: *El club Dumas*. Madrid: Alfaguara, 1994.
- PIRANDELLO, Luigi: *El difunto Matías Pascual*. Madrid: Alianza, 1986.
- RILKE, Rainer María: *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*. Madrid: Alianza, 1981.
- SARTRE, Jean Paul: *La Náusea*. Madrid: Alianza, 1995.
- SCHULZ, Bruno: *Obras completas*. Madrid: Siruela, 1993.
- SHARPE, Tom: *Vicios ancestrales*. Barcelona: Anagrama, 1987.
- SIMENON, Georges: *Maigret se equivoca*. Barcelona: Luis de Caralt, 1963.
- TOOLE, John Kennedy: *La conjura de los necios*. Barcelona: Anagrama, 1982.
- UMBRAL, Francisco Umbral: *Los cuadernos de Luis Vives*. Barcelona: Planeta, 1996.
- VALIN, Edith: *Ultimo aviso*. Barcelona: Península, 1995.
- WHARTON, Edith: *Estío*. Barcelona: Grijalbo, 1995.
- WOOLF, Virginia: *El cuarto de Jacob*. Barcelona: Lumen, 1977.